

general y hace callar por un instante el doloroso egoísmo de la propia desgracia, para asociarse á la pena de todos. Aceptemos ¡ay! con una obediencia grave y resignada, los misteriosos arcanos de la Providencia, que multiplica á nuestro derredor las madres y las viudas desconsoladas, que impone al dolor deberes para con el dolor, y que, en su impenetrable omnipotencia, puede consolar al hijo que ha perdido á su padre, por el padre que ha perdido á su hijo.

“Consolar, sí, esta es la palabra, que el niño que nos escucha, tome por supremo consuelo el recuerdo de lo que fué su padre. Que esa vida hermosa, tan llena de obras excelentes, aparezca hoy á su jóven alma con ese no sé qué de grandeza, de perfeccion y de venerabilidad que la muerte da á la vida. Día vendrá en que diremos en otro lugar todo lo que aquí pierden las letras: la Academia francesa honrará, por un público elogio, aquella alma elevada y serena, aquel corazón dulce y bueno, aquella alma concienzuda y aquel grande talento. Pero digámoslo desde ahora, y digámoslo siempre, pocos escritores han cumplido mejor su misión que Casimiro Delavigne; pocas existencias han sido tan bien empleadas, á pesar de los sufrimientos corporales y tan bien llenadas á pesar de la brevedad de los días. Dos veces poeta, dotado al mismo tiempo del poder lírico, conoció todo, todo lo obtuvo, todo lo experimentó, todo lo atravesó; la popularidad, los aplausos, las aclamaciones de la multitud, los triunfos teatrales, siempre tan brillantes, siempre tan contestes.

“Como todas las inteligencias superiores, tenía siempre la vista fija en un punto grave: había comprendido esta verdad, que el talento es un deber; comprendía profundamente, y con el sentimiento de su responsabilidad, la alta función que el pensamiento ejerce entre los hombres, que el poeta llena entre los espíritus. La fiebre popular vibraba en él, amaba al pueblo del cual era, y tenía todos los instintos de ese magnífico porvenir de trabajo y de concordia

que espera la humanidad. Jóven, su entusiasmo saludó esos reinos brillantes é ilusorios que engrandecen á las naciones por la guerra; ya hombre hecho, su adhesión se apegaba á esos gobiernos inteligentes y sabios que civilizan al mundo por la paz.

“Trabajó mucho, ¡qué hoy repose! que los rencores mezquinos que persiguen á una gran fama, que las divisiones propias de escuela, que los rumores de partido, que las pasiones y las ingraticudes literarias, entren en silencio al derredor del noble poeta que reposa. Injusticias, clamores, luchas, sufrimientos, todo lo que turba y agita la vida de los hombres eminentes, se desvanezca en la hora sagrada en que estamos. La muerte es el porvenir de la verdad: ante la muerte no queda del poeta mas que la gloria, del hombre, la alma, de este mundo, Dios.”

CAPÍTULO XXII.

LA sesión que debía oírse en 1844, se había vuelto á abrir el 27 de Diciembre de 1843, y como de costumbre, se había, por el discurso del rey, sondeado el process de la monarquía.

Como siempre, este discurso encerraba un cuadro que aseguraba la situación interior.

Todo el mundo convenia, en efecto, en que la tranquilidad no se habia tenido sino por medio de remedios violentos; pero esta tranquilidad ¿venia de la escelencia de la salud, del equilibrio de las fuerzas de comprension de la corona y de las fuerzas de resistencia de la nacion, ó era menester atribuirle tan solo á la inerte inmovilidad del luchador que siente la rodilla de su adversario sobre su pecho, pero que se levantará al primer descuido que le vuelva la libertad de sus movimientos?

El rey hablaba mucho de la paz, y se vanagloriaba mucho tambien de haberla conservado á la Francia en medio de todas las complicaciones europeas. Sí, sin duda, la habia conservado ¿pero á qué precio? Al precio de los tribunales escepcionales, al precio de las leyes de Setiembre, al precio de la libertad y de las cabezas de los conspiradores al extranjero, al precio de nuestra dignidad constantemente humillada, de nuestras prerogativas de grande nacion, atacadas sin cesar y de nuestra antigua influencia perdida. Eso no se llamaba mantenerse en paz con la Europa, eso se llamaba obtener la paz de la Europa y al precio de los mayores sacrificios.

El rey tentó el tomar sobre la España una especie de ascendiente que parecia volverle por derecho como sucesor y heredero de Luis XIV.

“Acontecimientos graves, decia, han acaecido en España y en Grecia. La reina Isabel II, llamada tan jóven á la pesada carga del poder, es, en este momento el objeto de toda mi solicitud y de mi mas afectuoso interes. Yo espero que la venida de estos acontecimientos, será favorable á las dos naciones amigas de la Francia; y que tanto en Grecia como en España, la monarquía se consolidará por el mutuo respeto de los derechos del trono y de las libertades públicas.”

Pero este patronato sobre España, esta proteccion paternal á la interesante Isabel, como se la llamaba en esa época á la jóven reina de España, ¿nos pertenecian de veras?

La Inglaterra, esta aliada que hace pagar tan cara su alianza, esta amiga que pone á tan alto precio su amistad, la Inglaterra, ¿no miraba desde el Portugal cada seña telegráfica que se hacia entre el gabinete de Madrid y el de las Tullerías?

Para algunos, por otra parte, esta alianza con la Inglaterra, ¿no era un poco sistemática? Las cartas del duque de Orleans, publicadas bajo el reinado de Luis Felipe, ¿no habian mostrado en todo tiempo, con respecto á la política de Lóndres, una admiracion y casi una adhesion que puede, sin inconveniente, espresar un príncipe independiente por su destierro, y cuya opinion como simple particular no tiene mas que el peso de una opinion aislada? Pero esta adhesion y esta admiracion, ¿no eran peligrosas en un rey, entre cuyas manos una nacion rival de la Inglaterra ha vuelto á poner sus intereses y su honor?

Esta frase reaseguradora, permítasenos este nombre, y que todo asegura para aquellos que no piden mas que ser asegurados, era inquietadora para muchos.

“La sincera amistad que me une á la reina de la Gran Bretaña, y la cordial inteligencia que existe entre mi gobierno y el suyo, me confirman en esta confianza.”

En efecto, estas relaciones indicaban bastante bien un sentimiento de simpatía personal: esta era la amistad de un rey y de una reina, muchísimo mejor que la union de dos grandes tronos.

Una frase sobre la instruccion secundaria fué acogida con mas favor: era esta una promesa contra la vuelta de los jesuitas á Francia, y cuya sombra algunas vistas muy perspicaces, demasiado tal vez, veian crecer en el horizonte.

“Un proyecto de ley sobre la instruccion secundaria, decia el rey, satisfará el voto de la Carta en cuanto á la libertad de enseñanza, *manteniendo la autoridad y la accion del Estado sobre la educacion pública.*”

El resultado de este discurso fué una prueba que dió la

cámara al rey de su adhesión á la política seguida, continuando M. Sauzet en la presidencia.

Por lo demás, esta inteligencia cordial con la Inglaterra, no tardó en oscurecerse.

Para consolarse de los golpes europeos, había tomado la Francia en el curso del año precedente, posesión de las Islas Marquesas. En una extensión de cuatro mil leguas de oceano, la Francia no había tenido hasta entonces ninguna estación en que sus embarcaciones pudiesen tomar descanso, ninguna escala para la pezca de la ballena que compone una parte tan importante del comercio para nuestras ciudades del Oeste, del Norte y del Este. Cumplida que fué esta toma de posesión, el protectorado de las islas de la Sociedad fué ofrecido á la Francia: para esta nueva ocupación á tan gran distancia, y para los gastos de organización y de defensa de nuestros establecimientos, había reclamado el almirante Roussin en 1843 la suma de cinco millones novecientos ochenta y siete mil francos, que la cámara había acordado despues de una animada discusión, reduciéndola á cinco millones.

La Francia se había, pues, establecido en las islas Marquesas con protectorado y soberanía exterior sobre las islas de la Sociedad: la reina Pomar y los gefes nacionales del país, llamados *Tavanas*, habían reconocido este protectorado de la Francia, representado por el contra-almirante Dupetit-Thouars; pero, como siempre, la Inglaterra velaba allí, la Inglaterra que, impidiéndonos el que tomásemos posesión de un ángulo de la Nueva-Zelandia en donde queríamos fundar desde luego nuestro establecimiento, nos había relegado á las islas Marquesas. Velaba, no por sus fuerzas marítimas, no por sus embajadores, no por sus cónsules, velaba por sus misioneros.

Estos, que habían visto con un despecho muy nacional á los franceses, perder la posesión de las Islas Marquesas y estender su protectorado sobre las islas de la Sociedad, estos,

repito, se apoderaron del moral de la reina, y la impelieron á actos de resistencia.

Se entabló una cuestión sobre pabellones.

Desde el establecimiento del protectorado de la Francia, el pabellon del protectorado, es decir, los dos pabellones unidos, el de la Francia y el de la reina, habían flotado en Taíti.

Repentinamente se le ocurrió á la reina tener sobre su palacio un pabellon especial, el pabellon de ella, un pabellon que recordase su soberanía. Ella izó este pabellon sin avisarlo á sus protectores, lo que, en materia de diplomacia, podia considerarse, cuando menos, como una grave inconveniencia.

Este fué el parecer del almirante Petit-Thouars. Exigió que el nuevo pabellon fuese arriado; mas sostenida por los misioneros ingleses, la reina rehusó. Entonces el almirante Petit-Thouars, cambiando su papel de protector en el de conquistador, ocupó la isla real el 5 de Noviembre de 1843. Esta querrela que acababa de estallar entre el almirante Petit-Thouars y la reina Pomar, databa de tiempo mas atrazado.

En 1836, el mal tratamiento dado á muchos colonos franceses establecidos en Taíti, y en particular á M. Loyal y á M. Carret, misioneros apostólicos, llegaron á necesitar del envío de una fuerza naval para apoyar la demanda hecha por el gobierno frances, de una reparacion inmediata.

Una indemnización de tres mil dollars y el saludo del pabellon, fueron las condiciones impuestas por M. Petit-Thouars, entonces simple capitán de la fragata la *Venus*.

Despues de esta negociacion armada, fué concluida entre M. Petit-Thouars y la reina Pomar, una convencion, en virtud de la cual, los franceses residentes en Taíti debían ser tratados como á los extranjeros mas favorecidos.

Cuatro años despues de estos acontecimientos, que pasaban en 1838, los franceses residentes se quejaron de nue-

vo de la reina y de los gefes principales. El domicilio de muchos de ellos habia sido violado, sus propiedades tomadas, sus muebles ó dinero robados, y á muchos habian puesto presos sin ser juzgados y á uno habian hasta asesinado.

Esta vez el almirante Petit-Thouars, se enojó seriamente y declaró á la reina y á sus gefes, que no fiándose de su palabra, exigia, como caucion de la conducta futura del gobierno de Taïti, la remesa de diez mil pesos fuertes. En defecto de esta suma, el almirante amenazaba con ocupar la isla y los establecimientos dependientes de ella.

Entonces fué cuando el protectorado de las islas de la Sociedad, ofrecido á la Francia, fué aceptado por M. Petit-Thouars, el 9 de Setiembre de 1842, y por el gobierno el 28 de Abril de 1843.

El capitan de navío Bruat, fué nombrado entonces gobernador de estos establecimientos y comisario del rey cerca de la reina Pomar.

Se ha visto ya á consecuencia de qué nueva violacion del tratado, el almirante Petit-Thouars habia invadido de nuevo las islas de la Sociedad.

Y á la verdad, la bandera que enarbolaba la reina, no era su bandera, la bandera de la nacion, la bandera de los grandes gefes; era una bandera que le habian regalado los misioneros ingleses, adornada con una corona, enseña heráldica que nunca habia ella tomado.

Así es que el almirante escribió á la reina:

“Vos quereis una bandera, la de vuestros padres, sea; la quereis de tal ó cual color, consiento; volved á tomar la bandera que teniais cuando el tratado. ¿Quereis otra? poco importa: hacedme conocer su dimension y su color. Yo la saludaré como á un representante de vuestra soberanía; pero en cuanto á esa bandera que habeis recibido de Inglaterra, símbolo de una soberanía independiente de nuestro protectorado, y en la que las cornejas inglesas han puesto una corona que Pomar no habria adivinado, esa corona que es la

insignia de la preponderancia y de la soberanía europea, y mas cuando esa bandera no es la de vuestros padres, sino que es de vuestra fantasía, es la bandera de la Inglaterra patente ó disfrazada, no la sufriré.”

Este modo tan alto de hablar, es hablar como conviene á la Francia, pero no como convenia al rey y á los ministros: así es que el almirante Petit-Thouars, fué desaprobado. Hubo excusas con la Inglaterra, se acordaron indemnizaciones á sus misioneros, fué restablecido el simple protectorado y una nueva humillacion libó la Francia en esa copa de la que las grandes naciones hacen un cáltz para las naciones secundarias.

M. Thiers habia tenido su Nezil, M. Guizot su Taïti: el uno no tenia nada que echar en cara al otro. El doble latigazo que nos habia dado la Inglaterra, nuestra amiga, les habia hecho sus reproches, y podian ya formar en adelante un ministerio de comunidad como lo habian ya hecho.

Las interpelaciones de M. Carne ocuparon á la cámara el 29 de Febrero de 1844, y fué la sola discusion grave, que presentó, entre todas, toda la sesion.

Doscientas treinta bolas negras contra ciento ochenta y siete blancas dieron al ministerio un bill (1) de indemnizacion.

El resto de la sesion se pasó en discusiones sobre los fondos secretos, en proyectos de ley sobre la enseñanza secundaria, en leyes sobre las patentes, en proposiciones de hacienda sobre las reformas portales, sobre la conversion de las rentas y sobre los créditos suplementarios.

A escepcion de los pocos dias de apasionamiento producido por el negocio de Taïti, la cámara habia vuelto á caer en la mas profunda indiferencia política.

(1) *Voz inglesa, que se dice del proyecto de algun acto del parlamento de Inglaterra.*